

Un alarido de angustia y dolor que helaba las venas. Su eco resonó una y otra vez. Luego, unos gritos:

-¡Ben!

-¡Bennie!

Las voces de Peter y de Jeff muy próximas, pero tan aterradoras como los murmullos en una catedral vacía. Pasos apresurados. El estruendo del tráfico a lo lejos. Y ese dolor, Dios mío, ese dolor. Cuando cayó al suelo, Ben comprendió que era él quien había gritado. Le traspasaba un dolor increíble y todo a su alrededor era confuso.

-¡Un médico! ¡Llaman a un médico!

El viento parecía traer sonidos de otro mundo, extraño e irreconocible. El aullido de una sirena. Un chasquido. La negrura de una jungla. Un universo rebosante de color. Y después nada.

Ben se hallaba en un mundo propio que continuaba expandiéndose. Su cuerpo no parecía estar allí. Sólo existía aquel espacio de su cráneo cargado de martillazos y golpes y de cohetes que estallaban, de trenes que chocaban y de tambores que marcaban el ritmo de una danza guerrera. Luego, lentamente, se esfumó aquel caso de imágenes y colores. Percibió el crujido de una falda almidonada y el acre e inconfundible olor de un hospital.

¿Había alguien que alisaba su pelo?

Estaba a oscuras. Ben trató de abrir los ojos, pero subsistió la negrura y experimentó un dolor lacerante, cegador. Su mano derecha, fuertemente magullada por dos partes, iba y venía incansablemente sobre la sábana.

-¿En dónde estoy?

-Estamos aquí contigo, Ben.

Esa era la voz de su padre y esta, su mano firme y tranquilizadora. Ben luchó por abandonar el confuso mundo de pesadillas que reinaba en su cabeza. Tenía que abrir los ojos. Despertar. Ver a papá.

-¡Mis ojos! ¿Dónde están mis ojos?

Casi inconscientemente se llevó la mano desde la sábana a las cuencas orbitales. Sus dedos percibieron un espeso vendaje.

Una inspiración, un breve sollozo y luego la voz serena de su madre.

-Querido, no temas; estoy aquí, junto a tu cama.

-Este dolor..., este dolor.

Ben no quería llorar ni chillar, pero no podía resistirlo más. Sus dedos inquietos se hundieron aún más profundamente en el vendaje.

-¡Enfermera! -gritó su madre con voz insegura.

¿Enfermera? ¿Por qué una enfermera?

Retiraron la sábana. Ben sintió el pinchazo de una inyección en su muslo. Su pierna se convulsionó.

-Tranquilo, cariño, no temas nada.

Ahora la voz de su madre le llegaba de lejos, de muy lejos. Por un instante todo lo que Ben pudo sentir fue el calor de la fiebre en su cuerpo, el latir de su sangre y el dolor, el infernal dolor en su cabeza. De repente se sintió presa del pánico. ¿Es que iba a morir? Quiso ponerse en pie, aferrarse a algo, luchar contra la muerte. Una mano lo sujetó y, de repente, no le pareció tan terrible el instante de la muerte. No era el primero que moriría ni sería el último. Aun así, todavía sentía el anhelo de luchar por su vida.

Las voces ininteligibles de sus padres y los sonidos de aquella habitación de un hospital se alejaron fuera de su alcance. Ben tornó a una jungla de figuras huidizas, regresó a un universo repleto de colores, a un vacío desconocido y luego a la oscuridad.

Nadie conoce la distancia que media entre la vida y la muerte. Nadie sabía por eso qué trecho de este camino había recorrido Ben, aunque los médicos y las enfermeras juzgaron que había estado cerca del final. Inconsciente y presa de una rabiosa fiebre, se sumió en el abismo sin límites que existe en las profundidades de todo ser humano. Vagó por negros túneles, vio monstruos amenazadores y se sintió dominado por un terror que no tenía principio ni conclusión. Luego, a veces, en aquellas simas, creyó caminar plácidamente por verdes prados porque las fronteras más remotas del alma humana conocen algo más que la angustia. Ben estuvo inconsciente casi sin interrupción durante dos días y tres noches. En ocasiones se agitaba, se volvía y deliraba. En otros momentos, bajo el espeso vendaje, su blanco rostro se iluminaba con una sonrisa de felicidad. Entonces la enfermera de guardia le oía murmurar palabras como: '¿Me permite?' o '¡Qué bonito!'. Y una vez dijo con voz clara: 'Gracias'.

Durante la tercera noche de aquel largo viaje de la vida a la muerte su fiebre comenzó a descender. Su respiración volvió a ser más sosegada y los latidos de su corazón recobraron su ritmo tranquilo de antaño. Ben se despertó en la tercera mañana como si hubiera dormido profundamente durante mucho tiempo sin haber soñado nunca. Tenía la boca reseca y sentía una gran sed. Retornó el dolor, pero no era tan infernal como antes.

*¿Dolor...?* Volvieron lentamente recuerdos sombríos: la voz serena de su madre, la mano de su padre y las vagas imágenes que habían revoloteado en la pantalla de sus sueños.

Se acercaban unos pasos. Resonaban seca y huecamente sobre el suelo duro. Alguien descorrió las cortinas. Podía darse cuenta por el inconfundible sonido metálico. 'Algo no va bien', pensó Ben. La habitación seguía aún sumida en las tinieblas.

-¿Eres tú, mamá?

Su madre podría explicarle con seguridad aquellos ruidos extraños, el dolor y aquel olor enfermizo y abominable.

-¿Dónde estoy?

Una mano fría aferró su brazo.

-Estás en el hospital, Ben. Soy Win, tu enfermera.

¿Hospital? ¿Enfermera? Ben no entendía nada...